

Prólogo

El 19 de julio de 2010, un lunes por la tarde, el agua bajó torrencialmente por el río Yangtsé. Intensas lluvias del monzón de Asia oriental azotaron el suroeste de China. El agua caía del cielo. Cuando llegó el martes, la inundación rugió hacia abajo: cada segundo caían setenta mil metros cúbicos de agua, el equivalente a treinta piscinas olímpicas. En el pasado, el agua habría sido recogida en el río y pasado rugiendo entre las márgenes rocosas de tres gargantas profundas en el medio del cauce principal por encima de la ciudad de Yichang. El río crecido habría anegado los terraplenes e inundado las llanuras río abajo. Por el contrario, aquella noche la corriente se deslizó suavemente hacia un gran lago cerca de la ciudad de Chongqing, lejos de aquellas tres gargantas profundas, que emitían vapor mientras la cresta de la crecida se disipaba. Seiscientos kilómetros río abajo, el nivel del agua en el embalse subió cuatro metros, retenido por veintiocho millones de metros cúbicos de hormigón. No sucedió nada más. La presa de las Tres Gargantas había superado su primera prueba real.

El plan de construcción de la mayor presa del mundo recibió luz verde en 1992, bajo el Gobierno del primer ministro Li Peng. La aprobación no se había producido sin polémicas. Li se había formado como ingeniero hidroeléctrico en la Unión Soviética. Había presionado para que se encargara el proyecto a pesar de los problemas que suponían la reubicación de un millón y medio de personas y la pérdida de ecosistemas y de artefactos históricos. Al final, una mayoría del Congre-

so Nacional del Pueblo votó a favor de la construcción. Las obras empezaron en 1994. Tan solo nueve años más tarde, el embalse comenzó a llenarse, antes del plazo y por debajo del presupuesto.

La historia del porqué y del cómo esa enorme obra de infraestructura vio la luz es conocida. El proyecto del alto modernismo del siglo xx iba a liberar a la sociedad de un clima variable, a celebrar la victoria definitiva del hombre en su conquista de la naturaleza. Hoy en día, todo el mundo actúa bajo la creencia de que el agua en el paisaje es, o debería ser, nada más que un telón de fondo inerte en el escenario de los acontecimientos humanos. Esta ilusión obedece a las cuarenta y cinco mil estructuras de más de quince metros de altura que contienen los ríos del mundo, un número que asciende a millones si se cuentan todos los diques que controlan riachuelos. Este enorme conjunto de infraestructuras es capaz de recoger en torno al veinte por ciento de la escorrentía mundial anual, el agua que se capta en ríos y riachuelos del mundo entero. Las infraestructuras hidráulicas modernas han cambiado la fontanería del planeta.¹ La presa de las Tres Gargantas es una de las últimas incorporaciones a este amplio conjunto, lo que demuestra que esta historia moderna del progreso todavía sigue su curso. Los entusiastas de la tecnología celebran sus logros, mientras que los ecologistas lamentan sus impactos. De un modo u otro, es la historia de una emancipación humana de la naturaleza, en la que la ciencia y la ingeniería han dado a la humanidad, para bien o para mal, el control total sobre su destino.

Esta historia nos resulta familiar, pero también es falsa. La historia del agua no es tecnológica, sino política. El impacto del agua en la sociedad debe interpretarse a través de las cicatrices que deja un ciclo continuo de adaptaciones. Con el tiempo, todas las comunidades se relacionan con el agua a través de un proceso de acción y reacción. Un dique puede proteger a la gente que está asentada detrás de él. Una presa puede almacenar agua para las épocas en que no cae del cielo.

PRÓLOGO

Pero, a medida que las ciudades crecen y las granjas se expanden, la gente olvida por qué se construyeron estas estructuras en un principio. La sociedad evoluciona y se acostumbra a su nueva seguridad. Las instituciones se desarrollan a la sombra de las infraestructuras diseñadas para crear una ilusión de estabilidad. Luego, un día, de forma inesperada el dique falla o el embalse detrás del pantano se seca. Y se producen pérdidas, a veces catastróficas. La población tiene que volver a considerar su entorno, que ha dejado de ser el paisaje de fondo inerte de su vida. Aprenden, reconstruyen, se expanden y alcanzan un nuevo nivel de seguridad. Sus instituciones se ajustan, los costumbres cambian. Se repite el ciclo.

El progreso tecnológico y la emancipación de la población con respecto a la naturaleza son un tema secundario en esta historia. Los efectos en la relación continuada de la humanidad con el agua no están solo escritos en los ríos. Están grabados en el tejido de la sociedad, en las creencias, los comportamientos y sistemas que regulan la vida cotidiana. Los humanos no han llevado a cabo sus mayores trabajos de ingeniería sobre el paisaje, sino sobre las instituciones políticas.

El argumento central del presente libro es que los intentos de la humanidad por organizar la sociedad, rodeada por el agua en movimiento, llevaron a la población a crear instituciones que unían a las personas en una dependencia mutua mientras intentaban gestionar su entorno. Tras innumerables variaciones a lo largo de los siglos, la república resultó ser el mecanismo más acertado para conciliar las preocupaciones modernas de la libertad individual y del beneficio colectivo frente a la fuerza abrumadora del agua. El argumento no es estrictamente determinista: el agua en sí no podría haber «determinado» la forma de las instituciones políticas. Sin embargo, las instituciones nacieron, por lo menos en parte, para que la sociedad pudiese actuar e intervenir en un medioambiente cambiante. En este sentido, el corazón de la historia del agua en el planeta es una respuesta política a las condiciones materiales.

Vistas a través de este prisma, las raíces de la relación de la sociedad moderna con el agua se remontan al inicio de los tiempos. La historia empieza cuando, hace diez mil años, los seres humanos dieron el paso crucial de convertirse en sedentarios. Por aquel entonces, el *Homo sapiens* ya existía desde hacía trescientos mil años, pero, desde un lugar de observación fijo, la fuerza plena del agua se tornó abrumadora. Las sequías interferían con la producción de alimentos. Las tormentas alteraban la vida de la población. Las inundaciones destruían comunidades. Las personas individuales tenían un poder limitado para controlar el medioambiente a causa de la fuerza del agua. En consecuencia, la sociedad en su conjunto debió aprender cómo ejercer su propio poder.

Durante el curso de la historia humana, la vida en el paisaje acuático forjó un contrato social. El agua es la *res publica* —un bien público— por excelencia, una sustancia móvil y sin forma que desafía la propiedad privada, es difícil de contener y requiere una gestión colectiva. La población desarrolló instituciones que precisaban conciliar los deseos individuales y la acción colectiva frente a la fuerza del agua. Al final, estas instituciones se hicieron dominantes en todo el mundo moderno. Los sistemas jurídicos y políticos, el Estado-nación territorial, las finanzas, un sistema comercial, todo evolucionó durante miles de años, mientras las comunidades intentaban garantizarse sobrevivir a —o incluso aprovechar— la fuerza del agua al servicio de una comunidad. Sin entender de dónde procedían estas ideas y cómo su desarrollo estaba relacionado con el agua, es imposible dar sentido a cómo y por qué el paisaje es como es actualmente.

La primera parte de este libro sigue la relación dialéctica entre el paisaje acuático y la sociedad humana desde el neolítico a la Antigüedad clásica, demostrando cómo contribuyó a moldear la condición de Estado. La segunda parte muestra cómo, durante mil años, la Antigüedad fue metabolizada por naciones europeas en el Estado moderno. El legado jurídico

PRÓLOGO

de Roma, el republicanismo clásico, el liberalismo político, las sirenas del utopismo, todos se mezclaron para inspirar las instituciones, desde la República estadounidense al Imperio británico, que preparó el escenario para el siglo xx. La tercera parte describe cómo el poder del Estado moderno y la fuerza del capitalismo industrial dieron lugar a la transformación del paisaje más radical del paisaje de la historia. Su éxito fue tan absoluto que invisibilizó la relación de la sociedad con el agua, oculta bajo el tejido de la vida moderna, y sembró las semillas de la peligrosa ilusión que rige el presente. La cuarta parte, la última, describe cómo, por debajo de la superficie visible de una sociedad que se cree separada de la naturaleza, el trasfondo de la intervención del agua sigue fluyendo con tanta fuerza como siempre.

Esta historia milenaria no es solo un relato de acontecimientos y de construcciones físicas. Es una historia de ideas. En realidad, es imposible explicar lo primero sin lo segundo. Por ejemplo, la presa de las Tres Gargantas fue primero el producto de un sueño del doctor Sun. A menudo se define a Sun Yat-sen como el padre de la nación china. Era una personalidad sumamente compleja, un intelectual voraz, un radical de toda la vida, un líder carismático. La vida del doctor Sun lo expuso a un amplio abanico de culturas, desde su nacimiento en un pueblo de la región de Cantón a su escolarización temprana en un colegio anglicano en el reino de Hawái, hasta su formación como médico en Hong Kong en la década de 1880. Por el camino, se convirtió al cristianismo. Era médico, pero su don fue la revolución.

El doctor Sun se inspiró en las profundas transformaciones de finales del siglo xix, atrapado entre las aspiraciones imperiales británicas y el utopismo de una sociedad moderna e industrializada hipnotizada por los ecos del republicanismo clásico. Intentó primero reformar y, luego, derrocar el reaccionario régimen Qing en China. Durante sus años de exilio y + revueltas fallidas, su fervor antirreaccionario fue en aumento. Como

muchos revolucionarios modernos, conocía de cerca la historia del pensamiento político occidental. Adoptó los ideales de emancipación y justicia, admiraba los acuerdos constitucionales franceses, estadounidenses y británicos, incluso cuando era contrario a las políticas que llevaban a cabo dichas potencias. Después de la revolución de 1911, tras el derrocamiento de los Qing, el doctor Sun se convirtió en presidente del Gobierno Provisional de la República de China. Había llegado la oportunidad de realizar sus sueños.

Por desgracia, la primera república moderna de China se disolvió rápidamente en el caos, ya que las antiguas élites militares la convirtieron en una dictadura. Incapaz de hacer realidad su visión utópica para el futuro, el doctor Sun se trasladó a la concesión francesa de Shanghái y se puso a escribir. *El desarrollo internacional de China* fue su programa para el renacimiento económico del país. Su punto de referencia era Estados Unidos.² Sun Yat-sen propuso «hacer que el capitalismo cree el socialismo en China, de modo que esas dos fuerzas económicas de la evolución humana trabajen codo a codo en la civilización del futuro». Su filosofía política requería la transformación de los recursos hídricos de China.³ Comparaba el potencial del río Amarillo con el del Misisipi, visualizando un delta diseñado para imitar los diques de Nueva Orleans. Imaginaba mejorar los canales y los pantanos existentes mediante la construcción de nuevas vías fluviales, energía hidráulica y agricultura irrigada. Luego, imaginó una presa en el medio del caudal del Yangtsé, en tres gargantas profundas, para «formar esclusas que permitirían que las embarcaciones subiesen por el río, así como para generar energía hídrica».⁴ Era el año 1920.

El doctor Sun no era ingeniero, sino un intérprete de ideas que se remontaban a la historia de la humanidad. El suyo era el sueño de un utopista y un revolucionario. La presa de las Tres Gargantas, que contuvo las inundaciones de 2010, no suponía ponerse al día con la última tecnología. La presa era el produc-

PRÓLOGO

to de una sociedad que había elegido desde siempre domesticar el medioambiente a una escala nunca vista. Era el producto de un sueño centenario impregnado de valores republicanos, uno de los cuales hablaba de comunidad y de progreso, de derechos individuales y de aspiraciones nacionales, y que habían cristalizado mucho antes de que la presa polivalente moderna se hubiese convertido en un rasgo común del paisaje.

El sueño del doctor Sun dio a la idea de la presa de las Tres Gargantas la fuerza para perdurar en el tiempo, a través del Gobierno nacionalista de Chiang Kai-shek, la era de Mao Zedong y las reformas de Deng Xiaoping, hasta, finalmente, el Gobierno de Li Peng. Una vez construida, la presa pareció demostrar que los que vivían río abajo podían dormir tranquilos, sabiendo que algo poderoso velaba por ellos. La importancia de aquella seguridad estaba contenida en su intención política. Su ingeniería se había convertido en un instrumento del Estado para la creación de una ilusión de emancipación definitiva de la naturaleza al servicio de una comunidad. La cuestión es qué pasa cuando la ilusión de emancipación se hace añicos.

En los albores del siglo XXI, la humanidad se ha convertido en una fuerza tan poderosa del planeta que algunos la han bautizado como «era del Antropoceno». Pero esto no ha dado paso a la conquista de la naturaleza. Ni mucho menos. Las profundas modificaciones infligidas al planeta han estrechado, no destruido, la relación de la población con el agua. El aumento de los gases de efecto invernadero en la atmósfera está teniendo un impacto mensurable en el equilibrio energético del planeta, modificando el ciclo hidrológico de la Tierra. Las extraordinarias precipitaciones sobre la cuenca del Yangtsé en 2010 fueron un preludio de todo lo que llegaría después. Los cambios del sistema climático romperán al final la ilusión de cualquier emancipación definitiva de la naturaleza. Cuando lo hagan, lo más importante no serán los defectos que expongan en el paisaje diseñado por los ingenieros, sino la respuesta que estimulen en la sociedad.

AGUA

El éxito de una república en la gestión de la tensión entre la libertad individual y la acción colectiva descansa en cimientos frágiles e inestables. Al desestabilizar esa base, los episodios del agua del siglo XXI podrían tener profundas consecuencias políticas. Los compromisos que la gente esté dispuesta a aceptar para alcanzar una mayor seguridad y las elecciones que hagan en aras del beneficio colectivo determinarán si puede mantenerse el equilibrio inestable entre la libertad y el bien común. Esto es, sobre todo, lo que reviste una importancia fundamental para el futuro de todo.

Las cuestiones que plantea la gestión del poder del agua en el planeta no son principalmente técnicas o científicas, ni siquiera estéticas. Son, fundamentalmente, cuestiones relativas al poder, sobre quién debe decidir lo que ocurre en todos nuestros hogares. A menudo encontramos la respuesta en la mente de los soñadores radicales. El sueño del doctor Sun de hace un siglo dio lugar a la presa de las Tres Gargantas. Sueños similares han creado el mundo moderno. Para imaginar qué tipo de futuro pueden aportarnos los sueños actuales, es primordial entender la relación de la humanidad con el agua, el agente más poderoso del sistema climático de la Tierra. Para ello, la historia combinada de la gente y del agua —una biografía del agua— tiene una gran importancia.